

La charca

Antonio de Orbe

El Edén

I

Hola amigos!, soy Roberto, Roberto Wilson Batracio, y habéis tenido la enorme suerte de conocerme. Soy una rana macho. Un rano. En realidad soy el rano más divertido, simpático, burlón, admirado y apuesto de toda la charca. Todos los ranos quieren ser mis amigos y no es extraño ya que a mi lado no falta la diversión. El que viene conmigo sabe que tiene la juerga asegurada. Sé como gastar el dinero, en todos los locales me reciben con reverencias, nunca falta la alegría a mi lado. Nuestras farras son memorables. Y todos saben que pueden encontrar ranas hembra a mi alrededor, que revolotean en torno a mí. Sí amigos, porque si alguna debilidad tengo, son las hembras de rana. No me puedo contener, y además ¿para que hacerlo? Esas hembras de rana me vuelven loco, con sus grandes ojos siempre abiertos para mí, con sus largas, muy largas piernas delicadas y poderosas que me estremecen, por no hablar de su boca, esa boca sensual, sugerente y enorme donde se pueden encontrar los mayores placeres entre ellos una larga delgada y envolvente lengua capaz de hacer las maravillas del rano más desesperado y ¿que decir de su piel? Su piel suave y desnuda de pelos me electriza. En fin amigos, ya lo veis, yo amo a las ranas y las ranas me aman a mí ¿existe felicidad mayor?

Quizá debería contaros algo sobre Charca Páradais, mi charca. Aprovecharé ahora que tengo tiempo. Voy conduciendo mi descapotable por Palm Avenue que discurre pegada al borde de la charca. Es nuestra calle más famosa. Va desde los altos barrios residenciales donde yo vivo hasta las calles que conforman el centro de la ciudad y luego sigue hasta la playa.

Siempre que bajo desde casa al centro por esta avenida y puedo divisar la charca en toda su extensión me siento sobrecogido por su belleza y orgulloso por vivir en la mejor charca de la ribera del río. Es una charca moderna, vibrante, cosmopolita y llena de vida. A la vez, no tenemos los problemas de aglomeraciones ni de delincuencia de otras charcas. No está muy alejada del río, muchos viajeros pasan por aquí y nos traen noticias de otros sitios a la vez que admiran nuestra vida relajada y armoniosa. Pero si alguno está pensando que no trabajamos está equivocado. Cierto es que trabajar no es lo que más nos gusta, pero hay que hacerlo. Yo mismo tengo dos o tres negocios de los que me ocupo con regularidad, pero sin agobiarme. ¡No trabajes si esto te impide correrte una juerga, ja ja! Y desde luego si percibo el contoneo de las ancas de una rana hembra que se mueve cerca de mí, ¡adiós trabajo, responsabilidades y sentido del deber! A decir verdad, mi caso no es único aunque quizá sea un extremo. A todos nos gusta la juerga y en cuanto llega el fin de semana, el centro se puebla de ranos y ranas que no paran de bailar los ritmos más exóticos y tropicales que pinchan nuestros renombrados DJs como el verdoso, el ritmo líquido, el saltón, el vegetal, el viscoso o el ritmo anfibio, a la vez que beben los deliciosos néctares que se extraen de las decenas de plantas que crecen en los alrededores de la charca. Suavemente alcohólicas y bastante afrodisíacas, estas bebidas apenas producen borracheras escandalosas y en todo caso los excesos son siempre disculpados por los demás. Nosotros las llamamos tallos ya que están servidas en pequeños tallos que hacen las veces de vasos.

II

La mañana es radiante y hoy es un día muy especial. Celebramos el concurso anual de saltos y deportes acuáticos.

Charca Páradais en pleno está congregada en la playa. En lugar de desviarme a la derecha, hacia el centro, continuo recto hasta el final de Palm Avenue donde aparco. Me dirijo a la playa donde las autoridades han instalado unas enormes gradas sobre la arena. Enfrente, en la charca, a unos veinte saltos de distancia, una gran plataforma alberga las distintas competiciones. Bueno amigos, va a ser una mañana fantástica. Cuando llego, el partido de waterpolo ya ha comenzado. Los rivales no son de nuestro nivel, y nuestro equipo va venciendo con nitidez. La animación es grande aunque el público se reserva para el concurso de saltos, el plato fuerte de la mañana. He venido sin Penélope, mi novia, de modo que recorro las gradas con la mirada y entre la muchedumbre descubro a mi compinche, Nelson Belisario Rodríguez, que me hace señas. Nelson es mi leal amigo que me acompaña en todas las farras. Mudo como una tumba cuando es preciso, tiene la palabra adecuada para sacarnos de un apuro y es muy bragado. ¡Ay si Nelson hablara, lo que podría decir de mí! Pero Nelson Belisario no hablará, soy su protector y me debe la vida. Esta mañana lo veo acompañado de alguien desconocido con un aspecto chulesco que no me agrada. ¿Quién será? El partido está acabando y las cosas se han puesto difíciles en los últimos minutos. La muchedumbre está expectante. Un gol contrario empataría el partido. Afortunadamente, suena la sirena y el partido concluye. La afición aclama a sus héroes con aplausos y vítores. La mañana comienza bien. Tras el anuncio del resultado, se escucha por megafonía música ambiental. Un ritmo anfíbio y vegetal indica que sigue una pausa. Mientras unas exuberantes ranas hembra comienzan a bailar sobre un escenario, me dirijo a la barra para pedir un tallo y encontrarme con Nelson.

- ¿Que tal Nelson?, te veo acompañado
- Os presentaré. Este es Roberto Wilson Batracio y este caballero es Lorenzo Felipe Lambini, de la capital.
- Y bien Lorenzo Felipe, ¿que te parece Charca Páradais?

- Tiene una gran fama, pero yo no la cambio por la capital. El concurso de saltos va a ser muy reñido, aunque no creo que vuestro héroe local tenga ninguna posibilidad.

- Ya lo veremos. ¿Alguien quiere un tallo?

El concurso de baile artístico por equipos ya ha comenzado y nuestras ranas tienen grandes posibilidades de alzarse con el triunfo. De momento tres equipos rivales se han comportado como auténticos patos. Llegan las nuestras.

- Nuestras ranas son realmente hermosas, ¿no te parece Lorenzo Felipe?

- Son ciertamente bellas. ¿Quién las tuviera entre sus brazos? - dije el rano capitalino.

- Pregúntale a Roberto, conoce íntimamente a más de la mitad del equipo. - dice Nelson sonriendo.

- El propio Nelson ha estado en varias sesiones de entrenamiento. - Nelson y yo pasamos de la sonrisa a la franca carcajada..

- Los ranos de Charca Páradais tenéis fama de fanfarrones.- apostilla Lorenzo mientras en nuestros semblantes la risa pasa a ser una mueca sin sentido.

- Veo que eres incrédulo. ¿Otra ronda de tallos?

Nuestras ranas realizan un ejercicio fantástico. Llega la hora de las votaciones y... Ganamos de nuevo. Hurras y vítores se suceden sin pausa. Miro de reojo a nuestro acompañante. No tiene aspecto de afectarse por la derrota. Parece seguro de sí mismo. ¿Amigos, sabéis lo que os digo? Pues que empieza a caerme mal, bastante mal. Finalmente llega la competición más esperada: el concurso acrobático de saltos de trampolín. Todas las charcas del río han mandado a sus representantes. Nos jugamos mucho. Los saltos clasificatorios se van sucediendo. La música vegetal satura el ambiente. El nivel de la competición es muy elevado. Los rivales van cayendo y nuestro representante llega a la final. También el saltador de la capital. Nos toca el turno. Nuestro rano se concentra. Cesa la música. ¡Ahí va! El

salto inicial es prodigioso, se ve que el chaval ha guardado todas sus energías para este momento. Ya en el ascenso da una pirueta. En lo alto, un mortal. Comienza el descenso con otro mortal al que le sigue un tirabuzón y otro mortal y otro más. Antes de caer todavía tiene tiempo de hacer una última pirueta para entrar limpiamente en el agua. ¡Bravo! La multitud estalla en aclamaciones. ¿Como ha sido capaz de hacer eso? La victoria es segura. El salto, insuperable. El concurso es nuestro. Bueno, hay que dejar que el saltador de la capital realice su salto. La expectación es máxima. El saltador parece bastante chulo. Es un rasgo típico de los habitantes de la capital. Dirige una despreciativa mirada a las gradas. Se coloca de espaldas. Será un salto hacia atrás. Toma impulso y.. Ahí va. El salto es magnífico. Mientras se eleva da un mortal con las manos y ancas abiertas. Arriba, el consabido mortal. En el descenso, dos piruetas encadenadas seguidas de un doble mortal y un tirabuzón. El silencio se apodera de las gradas. Ya ha igualado el salto de nuestro rano. Aún tiene tiempo de otro tirabuzón y una última pirueta. La entrada en el agua no levanta ni una gota. Ha ganado. El público atónito no sabe reaccionar. Finalmente un murmullo de decepción recorre la grada.

- Ya os lo decía yo. Las cosas realmente buenas suceden en la capital. No es que vuestra charca no tenga encanto, pero no hay comparación. Y eso que vuestro pequeño héroe ha hecho un buen trabajo. Logrará grandes cosas si persevera. ¿Alguien quiere otro tallo? Esta vez invito yo. ¡Camarero! Otra ronda, y sírvenos también unos pinchos de coleópteros con anchoas.

Escuchad amigos: ya sé que odiáis a ese tipo, pero yo lo odio aún más que vosotros. Lo mataría. Pero os digo una cosa, antes de que acabe el día, se arrepentirá de sus palabras. Miro a mi alrededor y palpo la desilusión que flota en el ambiente. El público se retira apesadumbrado. He bebido demasiados tallos y creo que necesito una buena siesta antes de la noche.

III

Esta noche tengo cita con Penélope María Bermúdez, mi prometida. Voy a pasar por su casa a recogerla para ir a Noches Tropicales, local de moda en la ciudad. Penélope es la rana más hermosa, delicada y distinguida de la charca. Desde que nos vimos, nos enamoramos apasionadamente y nos comprometimos en matrimonio. Ciertamente es que precedido de mi fama tuvimos alguna dificultad, pero la superamos. Ella sabe que soy un rano alegre y que aunque me corra alguna juerga de vez en cuando, mi corazón está con ella. Además, la bella Penélope es también casta y pura y nadie puede esperar que me refrene hasta que nos casemos. Por otra parte, la bella Penélope ignora los detalles de mis correrías, nadie osaría ir a contarle chismes sobre mí; soy amable, pero también pendenciero y temible si hace falta.

Entramos en Noches Tropicales y todos se vuelven a nuestro paso, somos la pareja de moda. La música de la orquesta entona ritmos líquidos, clásicos de otros tiempos. Ocupamos una mesa cercana a la pista y tras ojear la carta pedimos una ensalada de ortigas, pastel de lombriz y una selección de dípteros. También unos tallos. Somos el centro de las miradas. Todas las ranas quisieran ocupar el lugar de Penélope María, y en cuanto a los ranos... prefiero no pensarlo porque tendría que romperles la cabeza a todos. La orquesta interpreta un ritmo viscoso y salimos a bailar agarrados. Bailamos muy pegaditos, nuestras pieles se han fundido. Amigos, ¿os he dicho como amo a esta rana? Después de bailar unas sensuales y contoneantes piezas volvemos a nuestra mesa. El ritmo viscoso aún continúa y nos besamos largamente poniendo nuestras lenguas y salivas en contacto. La orquesta da paso a un frenético ritmo saltón y la pista se puebla de ranas y ranos desenfrenados. Una rana amiga de Penélope se acerca a la mesa y aprovecho la ocasión para ir a la barra y pedir unos tallos. Llegando, diviso a Nelson acompañado de Lorenzo Felipe.

- Magnífico ambiente, ¿disfrutas Lorenzo?
- Ciertamente lo pasáis bien y la música es estupenda, aunque algo pasada de moda.
- ¿También en la capital la música es mejor?
- No te ofendas, es otra cosa. Y ¿que hay de tu fama de ligón de ranas?
- Se dicen muchas cosas de mí. Lo cierto es que no se me dan mal los lances de amor.
- En la capital opinan que todo son habladurías.
- Son muchas tus dudas. Debo volver a mi mesa, el ritmo saltón ya se acaba y mi prometida me espera. Si lo deseas, Nelson te acompañará al Harris, un afterhours al que yo también acudiré y donde estaremos cómodos. Allí daré cumplida respuesta a tus preguntas y tras mis palabras sabrás que no hay otra charca como la nuestra.

Estaréis conmigo, amigos, en que el tipo es realmente odioso y que merece una lección. Me ha estropeado la noche y varios tallos después, la bella Penélope María y yo abandonamos Noches Tropicales. Noto que algo va a suceder, algo muy de machos y deseo deshacerme de la compañía de Penélope cuanto antes. La pobre es dulce y delicada, pero para algunas cosas es un estorbo.

IV

Acompaño a Penélope María a su casa y tras ver el brillo de mis ojos, me pide que tenga cuidado, no podría vivir sin mí. No te preocupes, mi amor. Pero sus motivos son fundados. Ese petulante, presuntuoso y arrogante batracio de la capital me ha puesto a cien. Y me creo capaz de cualquier cosa con tal de demostrarle su bajeza. Ya llego al Harris. Estoy encendido.

- Y bien Lorenzo Felipe, de modo que no te crees lo que se cuenta de nuestra charca.

- Quizá tus palabras sean un poco exageradas, pero no deberíamos discutir esto con la garganta seca. ¡Camarera, unos tallos bien cargaditos! Lo cierto es que en la capital tomamos los tallos fuertes de verdad. Aquí parecen agua de la charca.

- Y ¿que te trae por esta humilde charca?

- Mi hermano, Héctor Fernando Lambini está casado con una rana de esta charca, Támara, y muchas veces me ha pedido que venga a visitarlos. De modo que aquí estoy.

- ¿Támara?, te refieres a Támara Desiré Gómez?

Conozco bien a Támara Desiré. Es una rana madura deseada por toda la charca. Desde renacuajo la hemos visto crecer y es de una belleza incomparable. A todos nos defraudó que se casara con alguien de la capital. A pesar de ello yo he seguido pretendiéndola y no veo el momento en que caiga en mis brazos.

- Pues sí, Támara Desiré Gómez, veo que la conoces. Pero dime, cuéntame las supuestas proezas amorosas de las que te enorgulleces y compararemos con lo que yo te cuente. Aunque antes de nada, ¡Camarera, otra ronda de tallos, esta vez que sean dobles!

Comienzo mi relato de amores y pependencias. Lorenzo alterna relatando sus audacias. No son pocas. Nelson me indica por señas que no siga, que lo deje. Pero yo continúo con la narración. Vaciamos los tallos apenas los han servido y ya estamos pidiendo otros. Lorenzo pretende ser un crápula y cree estar a mi par, pero yo ya lo he descubierto, no está a la altura de un anfibio como yo. Finalmente se da por vencido.

- He de reconocer que tus proezas en el amor superan lo que había pensado. Enhorabuena.

- Quedo contento de haberte convencido.

- Si todo lo dicho fuera cierto...

- ¿No crees mis palabras? ¿Necesitas algún testimonio más, acaso una prueba? Pues bien, sería el rano más despreciable de esta charca si esta misma noche no cometiera la mayor tropelía para probarlo.

- ¿Esta misma noche? y ¿que harías?

- Buscar una rana casada conocida por su belleza mas también por su honor.

- Casada, mumm, y dime ¿quien es ella?

- Tu cuñada. Támara Desiré.

- ¡Ah canalla!, ¿serías capaz?

- Ni lo dudes.

- Mi hermano está fuera. Corro a avisarle.

- Ja ja. Sí, corre, corre. No lograrás evitarlo.

V

La noche está cuajada de estrellas, el aroma de las flores embarga mis sentidos. Desde lejos se oye el croar de las ranas y ranos en plena fiesta. Aparco a distancia de la casa de Támara Desiré y embozado me aproximo andando. No hay motivo de preocupación por su marido. Nelson, siguiendo mis instrucciones ha estropeado su coche y los dos hermanos tardarán en regresar a casa. Támara Desiré está sentada en la terraza. En un momento en que va al interior, me encaramo de un salto en la terraza. Todo está a oscuras a excepción de una luz interior que Támara apaga al salir de nuevo. Sólo una menguante luna ilumina la noche.

- Héctor Fernando, ¿ya estás de vuelta? No te he oído entrar.

Mi corazón palpita con fuerza. Callo para no ser reconocido. Sin dudarle la abrazo entre mis brazos. Ella se entrega a mí. Nos besamos apasionadamente y entramos en su dormitorio. Támara Desiré es una rana hermosa y apasionada. Hacemos el amor dulce y largamente hasta acabar exhaustos.

-¿Quién eres? ¿No eres acaso Roberto Wilson?

- Támara, me has reconocido.

- Al principio te confundí con mi marido. Pero después te reconocí, era tarde para ofrecer resistencia y me abandonaron las fuerzas. Siempre te he deseado y nadie me había hecho el amor como tú esta noche. Te amo Roberto.

- Yo también te he amado siempre.- No me cuesta encontrar las palabras amables con las que tratar a una rana.

- Mi marido está al llegar. Debes marcharte, Roberto Wilson. Adiós.

- Adiós mi bella Támara Desiré.

VI

Ha sido una noche espléndida. Sentados en un bar de mala muerte a las afueras de la charca, cerca de Dessert Road, relato a Nelson Belisario los pormenores de la cita entre sonoras carcajadas.

- Támara cayó como fruta madura.

- ¿No te reconoció?

- Al principio me confundió con su marido y cuando supo quien era yo, no quiso separarse de mí. Pero cuéntame que pasó con los hermanos.

- Te lo contaré tal como pasó:

<<- Héctor, te roban a Támara.- Lorenzo Felipe llegó dando gritos.

- No grites tanto, Lorenzo, ¿de que estás hablando?- dijo su hermano.

- Ese canalla de Roberto Wilson se dirige a tu casa para robarte a tu rana. Vámonos antes de que sea tarde.- dijo Lorenzo.

- Ja, ja, que tontería. Támara me quiere y me será fiel hasta la muerte, pero vamos, si tan preocupado estás.

- No conoces a ese demonio. Támara no está segura si él ronda cerca. ¡Oh!, mi coche está roto.

- Usemos el mío. Vaya, tampoco funciona.

- Corramos hermano, tu rana está perdida.

- Deja de decir estupideces. No te consiento que hables así de Támara. Y para ya de gritar.>>

- Ese presuntuoso de la capital ha recibido su merecido. Támara no dirá nada y su marido, bco de amor el infeliz, no creará lo que dice su hermano, pero este sí sufrirá la deshonra que ha caído sobre su familia. Dije que se arrepentiría antes de acabar el día y así ha sido. Le está bien empleado, por chulo.

Trasegamos varios tallos más hasta que me doy cuenta de que una rana vieja me mira desde la mesa de al lado.

- Roberto Wilson, ¿cuando te arrepentirás de tus pecados?

- No será ante ti, vieja rana.

- Deberías tener más cuidado con como tratas a esta pobre vieja. Mereces un gran castigo por tus felonías. Escucha mi encantamiento, Roberto Wilson Batracio:

*A la cama irás
como un bello rano
pero despertarás
transmutado en humano.*

*Te maldigo Roberto
por tus mil fechorías
el infierno se ha abierto
hasta el fin de tus días.*

*Sólo el sincero beso
de amor de una rana
te quitará el peso
de tu forma humana.*

- Que estúpideces dices. Aparta de mí, vieja bruja.
 - Recuerda lo que te he dicho. Pagarás por tus pecados
- Roberto Wilson Batracio.
- Vámonos a dormir, Nelson. Se acabó la noche.

El Averno

I

Tengo la boca seca y unas terribles ganas de orinar. Es medianoche y debo ir al baño. De vuelta me miro en el espejo. Hay algo anormal en mí que no sé descubrir en este momento. Vuelvo a la cama y duermo hasta el amanecer. Cuando despierto veo a mi mujer a mi lado. Me asalta un irrefrenable deseo y me abalanzo sobre ella que aún medio dormida me rechaza. Sin embargo ataco de nuevo venciendo su débil resistencia. Entre las sábanas cabalgamos con ahínco. Al terminar se levanta mientras yo me desperezo. Sale del baño ya arreglada y me interpela:

- Que raro David, hacía meses que no echábamos un polvo. No lo tomes en consideración, esto no cambia nada. Por cierto, deberías levantarte o llegarás tarde.

Cuando ella ha abandonado la habitación, me dirijo de nuevo al baño inmerso en una sensación de extrañeza. Algo me pasa. De nuevo ante el espejo no logro adivinar lo que me ocurre hasta que... ¡Puagg! ¡Soy un humano! Ahora recuerdo a aquella vieja rana y su hechizo:

*A la cama irás
como un bello rano
pero despertarás
transmutado en humano.*

¡Me he convertido en un hombre! Mil males han de sucederme. Los humanos representan lo peor del reino animal. Nada es comparable a ellos. Sin embargo no empiezo tan mal.

Con un polvo. Y ha sido de los buenos. Por otra parte me encuentro cómodo en mi nuevo cuerpo. Tengo mujer y trabajo y por lo que puedo ver a mi alrededor, mi posición económica es desahogada. Se equivocó la vieja rana. Sí amigos, continuaré la juerga en esta peluda piel recién estrenada. Nadie va a reírse de Roberto Wilson Batracio, o... ¿debo decir de David? David Toledillo según dicen los documentos que encuentro sobre mi mesilla. De cualquier modo salgo a la calle pleno de ánimo a descubrir mi nuevo mundo.

II

El bullicio del tráfico me sorprende. Conduzco con precaución entre un mar de coches. Al final de una gran avenida diviso el imponente edificio donde trabajo. Tiene más pisos de los que hubiera podido imaginar. Ya en la oficina, entro en mi despacho. Cielos, es estupendo. Soy uno de los jefes. Pero siempre hay un jefe más jefe que tú. El gran jefe me llama a su despacho para revisar el plan de ventas. Es un impresionante ejemplar de dos metros de estatura, gordo y sudoroso. Siempre está enfadado.

- David, ¿que pasa con el plan de ventas?

- Todo va bien, ¿algún problema?

- ¿Que cojones estás diciendo? Todo va mal y no hay más que problemas.- El tipo está realmente enfadado y agita violentamente sus manazas en el aire.

- Tranquilo, todo se arreglará.- No sé que decir, soy un hombre desde hace apenas unas horas. Me mira con detenimiento y cara de sorpresa.

- A ti te pasa algo. Estás agilipollado.

- No sé si son las palabras más adecuadas.

- Deja de hablar con ese tonillo refinado. Vuelve al despacho y no levantes tu puto culo del asiento hasta que lo arregles.

Amigos, esto es no va a ser tan placentero como esperaba. Vuelvo al despacho apesadumbrado. Pregunto por un lugar donde bañarme pero todos me miran asombrados. ¿Donde se baña la gente? Llevo más de cuatro horas sin bañarme y no parece que pueda arreglarlo. Por las respuestas que recibo colijo que los humanos sólo se bañan una vez al día y algunos ni eso. Las horas se van sucediendo y los papeles no dejan de acumularse en mi mesa. Llamadas de vendedores irritados esperan una respuesta de mi parte, pero con dificultad puedo calmarles. ¡Es increíble, todos quieren saberlo todo y además ahora mismo! ¿Se han vuelto locos?

En realidad mi mente está en otra cosa. Desde hace horas sigo con la vista a una de las chicas de la limpieza. Es soberbia. Nunca hubiera podido imaginar que las hembras humanas me iban a gustar tanto. Ella no puede evitar darse cuenta de que la miro. Hemos ligado y cuando veo que se dirige al baño de hombres me doy cuenta de que es mi ocasión, tácitamente me está pidiendo que la siga. Si no, ¿por qué iba a entrar allí mientras me sonrío? De modo que hombre o rano yo soy un caballero y estoy listo siempre que una dama me llama. Entro con decisión en el baño y ante la atónita mirada de la chica la abrazo con pasión. Ella se resiste tanto al principio que pienso que quizá me haya equivocado. Caballero, murmura, por favor. Mi amor, cielo mío, eres la mujer más hermosa que he conocido jamás, le digo y tras cerrar la puerta, abandona paulatinamente su resistencia y echamos un fantástico y apasionado polvo. También incómodo ya que aparte de lo inadecuado del lugar y de la escasez de superficies horizontales limpias capaces de ubicar a dos humanos tendidos a lo largo, a sugerencia de la chica, debemos accionar periódicamente los distintos sanitarios con objeto de disimular y así nos acompañan el grifo, la cisterna en dos ocasiones y la

tobera de aire caliente del secamanos. Regreso a mi despacho tras haberle prometido que no diré nada de lo ocurrido.

III

La jornada laboral se me está haciendo eterna. Nuevas llamadas de vendedores aumentan mi irritación. Veo salir al jefe y dirigirse hacia mí, por lo que cojo el teléfono y doy gritos aparentando estar enfadado aunque no hay nadie en el otro lado, no me vaya a decir que estoy atontado. Por fin llega la hora de la comida. Salimos a la calle donde el ruido reaparece de forma aún más agresiva que por la mañana. En dos ocasiones me salvo de morir atropellado gracias a la ayuda de un compañero. Mi desilusión aumenta cuando veo la comida. Vulgar y anodina, lejos de cualquier ritual, sólo sirve para alimentarse. Las conversaciones que escucho me dejan completamente frío. Versan sobre absurdos deportes y mediocres héroes televisivos. Aprovecho el momento para intercalar preguntas que me permitan informarme sobre la vida de humano que me ha tocado vivir y las respuestas son aterradoras. Resulta increíble que se pueda vivir de este modo y empiezo a pensar que esto es un auténtico castigo.

De vuelta a la oficina, busco a la bellísima chica de la limpieza, pero ella ha desaparecido y no sé donde fijar mi atención. Debo tener un aliciente para pasar la tarde. Observo el personal femenino cualificado y sin cualificar. Muchas mujeres vienen a echar polvos a la oficina. Se les nota. Visto lo cual, me decido por una vendedora que me reporta. Es un bombón y viste de forma muy llamativa. Sus andares contoneantes son una invitación a la concupiscencia. En un momento en que estamos a solas la abordo con decisión, pero, ante mi sorpresa, recibo como respuesta una sonora bofetada.

- ¿Estás loco, que haces?
- ¿Pero es que no quieres echar un polvo? Te aseguro que será estupendo, soy un maestro. Hay al fondo una sala de reuniones de lo más adecuada.
- Si quisiera echar un polvo para promocionarme, sólo lo haría con el gran jefe. ¿Como has pensado que me iba a liar con un pringado como tú?
- ¿Promocionarte? No se de que hablas. Eres una mujer bellísima y hago esto movido por el gran amor que te profeso.
- Deja de decir estupideces. Si me tocas una sola vez más, te demando por acoso sexual.
- ¿Acoso sexual? Pero si estás a punto de caramelo. Puedo olerte, deseas ansiosamente el sexo. Sólo trato de ayudarte y pasar un buen rato. ¿Que hay de malo en echar un polvo en la oficina?
- Estás completamente enfermo. Aparta de mí.

IV

La suerte de sinsabores laborales que me ha tocado vivir llega a su fin. Aunque los jefes permanecen en sus despachos, aprovecho el movimiento general para marcharme. Veo al gran jefe que se dirige hacia mí como un paquidermo, así es que aprieto el paso y abandono el edificio. Tras sortear de nuevo el peligroso tráfico, vuelvo a casa esperando encontrar a mi mujer, pero ella no está en casa aún. Deambulo aburrido por el salón cuando oigo unos ruidos demoníacos de intensidad creciente, que avanzan amenazadores en mi dirección. La puerta se abre violentamente y aparecen ante mí dos vociferantes engendros.

- Papá, Juan se ha reído de mí - grita un monstruo con aspecto de niña de siete años.
- Es culpa de Laura. Es una cursi y una idiota - responde a voces un energúmeno de ocho años.

- Juan es tu favorito, a mí no me quieres - llora la niña.
- Eso no es cierto, siempre le das la razón a ella - gime el niño.
- Bueno, calma, pequeños. Seguro que podemos arreglarlo sin llorar. Juan, ¿por qué te has reído de tu hermana?
- Laura se ha besado con su novio.
- Mentira, odio a los chicos, sois imbéciles. Además, tú te has meado en la cartera de un niño más pequeño.
- Asquerosa, te vas a enterar.

Me desembarazo como puedo de mi deprimente progenie y huyo hacia una salita en la que me encierro con llave. Para pasar el rato decido servirme una copa. Desconozco los licores así es que me sirvo uno cualquiera. ¡Puagg! Arde. Es increíble como alguien puede beber este matarranas. La tarde va cayendo y sospecho que mi mujer no va a venir. Creo que daré una vuelta para conocer la vida nocturna de esta ciudad.

V

Con el ánimo decaído, recorro la ciudad sin rumbo fijo. La gente parece pasarlo bien, pero yo no me contagio de su alegría. El tiempo transcurre sin pausa. Entro en distintos locales y en todos encuentro lo mismo. Para beber, descarto el matarranas y me decido por la cerveza, que aunque amarga y fuertemente alcohólica, es lo único que soporto. Hay bares donde el ambiente está cargado de una pestilente humareda y en otros un congelador aire acondicionado paraliza mis movimientos. La música resulta infernal con ritmos machacones que parecen indicarte la salida e inducen en el personal toda clase de movimientos espasmódicos. Las mujeres despiden intensos olores sexuales, pero también huelen a represión. Para ocultarlo se ponen turbadores perfumes que me marean.

Entonces la veo. A mi mujer. Está acompañada de otro hombre. Voy a acercarme cuando veo que se besan. Apasionadamente. ¡ Mi mujer está con otro! Se meten mano descaradamente. Entonces... ¡Soy un cornudo! Un vil cornudo. En el pasado era yo quien ponía los cuernos, pero ahora las tornas han cambiado. Amigos, estoy desolado y recuerdo con pesar el encantamiento de la vieja bruja.

*Te maldigo Roberto
por tus mil fechorías
el infierno se ha abierto
hasta el fin de tus días.*

Hasta el fin de mis días. ¿Como voy a soportarlo si soy humano desde hace apenas un día y ya no puedo más? Salgo del local y cojo el coche. Tras tres cervezas conduzco ebrio sin poner atención al resto de vehículos hasta que al poco veo unas luces detrás de mí acompañadas de una sirena. Es la policía. Mi sinuosa trayectoria ha llamado su atención. El agente me mira a los ojos y decide someterme a la prueba de alcohol. Doy positivo y me llevan a comisaría. Una hora después, cuando mil alergias amenazan mi delicada piel, mil neurosis serpentean mi frágil cerebro y mil ojos me atraviesan acompañados de obscenas verbalizaciones, mi mujer me saca del apestoso antro. Ya en el coche la miro avergonzado.

- Ya has tenido que meter la pata de nuevo.
- Perdona, no se que me ha pasado. Cariño, te he visto acompañada de otro hombre. Dime, ¿ no somos felices?
- ¿A que viene esa majadería? Pues claro que no lo somos. Hace años que nos llevamos fatal y meses que sabes que estoy con otro. ¿Por qué esa sorpresa?
- Entonces... Lo de esta mañana...
- Te dije que lo olvidarás. ¿Donde te dejo?
- Da igual. Aquí mismo.

VI

Salgo del coche y ella se marcha sin despedirse. Camino unos metros hasta el puente sobre el río. Estoy completamente abatido. Miro al río. La corriente discurre veloz. Siniestros pensamientos pasan por mi mente. Voy a tirarme y a acabar con mi vida. Moriré ahogado y daré fin a este infierno. El río. Pensar que sólo unos kilómetros más abajo está mi amada charca. El edén donde viví felices días. ¡Oh Penélope María Bermúdez! como te he amado y cuanto te añoro. Aquella vieja bruja destrozó mi vida con su maldición. No soporto más. Adiós amigos, me arrojo.

Vuelta a casa

I

El sol recién salido calienta tibiamente mi cuerpo. Me despierto tumbado en la arena. Trato de recordar. Me arrojé al río con la intención de acabar con mi vida, pero me he salvado. La corriente me arrastró hasta la orilla donde me ha sorprendido el amanecer. Sucio, maloliente y demacrado mi aspecto es indigno, pero algo ha cambiado, ya no deseo morir y, aunque confuso, noto una creciente fuerza en mí. Abandono el río y llego a un camino que discurre próximo desde donde observo el paisaje. Atrás he dejado los deteriorados paisajes industriales que rodean la ciudad, la cual adivino en la distancia. ¿Que puedo hacer? Recuerdo nuevamente las palabras de la bruja.

*Sólo el sincero beso
de amor de una rana
te quitará el peso
de tu forma humana.*

¡Claro, un beso de amor! Penélope, tú puedes salvarme. Te encontraré y suplicaré tu perdón. Hacia ti voy. En algún lugar próximo debe hallarse mi charca. Mis pasos van acompañados de persistentes dudas: ¿Aceptaré Penélope mi arrepentimiento? ¿Desaparecerá el maleficio de la bruja? ¿Abandonaré esta repugnante forma humana? ¿Volveré a ser feliz en mi charca? Pronto lo sabré.

En un recodo del camino, diviso una ribera que me parece conocida. En efecto, son las afueras de mi charca. Me encuentro

cerca de Dessert Road. ¿Como haré para hablar con mi amada con esta forma humana? Escondido tras unos juncos para no sembrar el pánico, observo lo que ocurre. Al poco aparece un rano borrachín que no ha acabado con la farra de anoche. Es mi oportunidad. En un rápido movimiento, lo atrapo con una mano. El rano, en lugar de espantarse y gritar sigue en su particular delirio alcohólico. Rano, le ordeno, ve a la charca rápidamente y avisa a Nelson Belisario Rodríguez. Dile que le estoy esperando. Soy Roberto Wilson Batracio.

Deposito al embriagado rano en el suelo y le veo avanzar sinuosamente por la carretera. Albergó grandes dudas sobre el comportamiento del rano, pero no tengo otra opción que esperar. Agazapado de nuevo en mi escondite veo con gran alegría venir a Nelson por el camino. Nelson, mi leal amigo Nelson.

- Nelson

- ¡Aggg! Un asqueroso humano. No debí de fiarme de ese rano borrachín.

- Nelson, no huyas. Soy Roberto Wilson Batracio, tu amigo. - digo mientras lo cojo entre mis enormes manazas.

- Roberto, ¿eres tú?, ¿un humano? Tienes el aspecto más repugnante que hubiera podido imaginar.

- Nelson, debes ayudarme - sollozo amargamente - Aquella vieja bruja me hechizó. ¿No lo recuerdas? Sólo un beso de amor me convertirá en rano. Tienes que encontrar a Penélope María y convencerla para que venga y me libere. Soy enormemente desgraciado. Dependo de ti.

- Lo recuerdo todo. Tu estado es lastimoso. No te preocupes, Roberto. Buscaré a Penélope y la traeré aquí. El resto corre de tu cuenta.

- No le digas nada de mi aspecto. Yo se lo contaré. Adiós Nelson, no te demores.

- Adiós Roberto.

II

Desde que desperté en la orilla, he estado cavilando que le diría a Penélope. Creí haberlo tenido claro, pero ahora que se acerca el momento, me asaltan las dudas de nuevo. ¿Querrá verme? ¿Querrá escucharme? ¿Querrá besarme? Pronto despejaré mis dudas, pues ya los veo aparecer. Nelson se detiene a distancia y permite a Penélope avanzar sola. Temeroso, continúo agazapado.

- Roberto, ¿estás ahí? No te veo.

- Sí, Penélope. Aquí estoy.

- ¿Es que temes algo? Abandona tu escondite de modo que pueda verte.

- De acuerdo, ya puedes verme. - avanzo unos pasos y salgo de mi escondite.

- ¡Aggg! Un asqueroso humano. Nelson, ayúdame.

- Penélope, no temas. Soy Roberto.

- Roberto, ¿que te ha ocurrido?

- He sido hechizado. Una rana bruja me maldijo. Mantendré esta forma humana hasta que, una vez arrepentido de mis fechorías, un beso de amor me libere. Tienes que ayudarme.

- Tus pecados son muchos, Roberto. Dime, ¿te has arrepentido?

- Sí Penélope. He hecho mucho daño en este mundo. También a ti, el ser que más amo. Pero créeme, he sufrido mucho y estoy arrepentido. Mi vida como humano ha sido un calvario. Los humanos son seres despreciables. Todo en ellos es malo. Comen alimentos asquerosos. Beben matarranas abrasivos. Trabajan interminables horas. Sus niños son odiosos y maltratan a los animales. Apenas hacen el amor, siendo afortunados los que consiguen hacerlo una vez por semana. Y la mayoría ni eso. Su música es odiosa. No se lavan y huelen de forma deleznable. Se odian los unos a los otros. No existe la gentileza ni las buenas

maneras. Y... Era un cornudo. Un vil cornudo. Penélope, te amo. Sabes que te amo con locura. Estoy totalmente arrepentido.

- Te creo, Roberto. Tu arrepentimiento es sincero y deseo ayudarte. ¿Que debo hacer?, ¿besarte?

- ¿Serías capaz de besar a este ser deforme?

- Te amo Roberto, y pasaré por esa prueba. Smuac.

Un denso humo oscurece nuestros cuerpos, seguido de una lluvia de brillantes estrellas en pleno día. Suena una música celestial. Los violines dan paso a las trompetas y tambores. Una súbita transformación se produce en mi cuerpo y... Amigos, quiero llorar de alegría. Soy un rano, soy el mismo rano de siempre. No creí que este momento pudiera llegar. Emocionados, Penélope y yo nos abrazamos efusivamente. También se nos une Nelson. Imposible no derramar las lágrimas tanto tiempo contenidas.

III

Nelson Belisario conduce el coche camino de la casa de Penélope María Bermúdez. Todos estamos locuaces y relatamos brillantes ocurrencias que nos hacen reír. Me despido de Penélope hasta la tarde. Recorremos Palm Avenue y Charca Páradais me parece más hermosa que nunca. Nelson me deja en casa para que pueda descansar y bañarme. Humm, un delicioso baño de fango es lo que necesito.

Antes de subir a casa, decido tomar un tallo. Después de lo ocurrido, creo que lo he merecido. Entro en el local que se encuentra frente a mi casa. Un inocente tallo, ¿que hay de malo en ello? A estas horas el local esta medio vacío. La música verdosa ayuda a relajarse. En la barra, junto a mí, hay una bella rana. ¡Ah no!, amigos. Ni lo penséis. Soy un rano nuevo. Estoy arrepentido y no volveré a cometer los mismos errores de nuevo. A pesar de

que la rana es en verdad hermosa. Dirige sus bellos ojos hacia mí y me dedica una cálida sonrisa mientras cruza sus elegantes y largas piernas. Sí amigos, es un pedazo de rana. Y está tan sola...

- Los tallos a solas no sientan tan bien como en compañía.
- ¿Puedo sentarme?
- Desde luego.
 - Vaya mañana calurosa.
 - Sí, hace un calor espantoso.
 - Precisamente ahora iba a subir a casa para tomar un baño de fango.
 - Que suerte, quien pudiera.
 - Acabo de instalar una bañera nueva. No se si caben dos ranas juntas.
 - Podemos probar.
 - Excelente idea. Por cierto, mi nombre es Roberto, Roberto Wilson Batracio.

Madrid, veintitrés de Febrero de 2.002